MESONERO

TIPOS Y CARACTÉRES

B. R. Madrid
FONDO ANTIGUO
A-1467
Bib. Regional

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

A-1467

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

R.
50608

OBRAS

JOCOSAS Y SATÍRICAS

DE

EL CURIOSO PARLANTE.

TIPOS Y CARACTÉRES.

(III.)

BIBLIOTECA REAL DE MADRID

TIPOS Y CARACTERES.

BOCETOS

DE CUADROS DE COSTUMBRES

POR

EL CURIOSO PARLANTE.

(1843 Á 1862.)

NUEVA EDICION,
CORREGIDA Y AUMENTADA.

MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXI.

Es propiedad.

MADRID, 1881.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

ADIOS AL LECTOR.

(1862.)

Este artículo, como se ve por el título que le encabeza, deberia ir al final del libro; por eso va al principio: —deberia servirle de rondó; por eso le sirve de overtura.—En ello, si bien se mira, anda tan lógico como todos los prólogos, introducciones y proemios conocidos; porque, escritos por lo general en són de despedida y despues de la obra, no se contentan con su puesto á retaguardia, sino que van impolíticamente á tomarla la delantera.

Falta ademas saber, ántes de colocar este *prólogo*, *epílogo*, ó lo que sea, si ha de ser escrito ó sólo pensado; si debiera ostentar las pretensiones de *prefacio*, ó contentarse con las modestas de *postdata;* si ha de referirse, en fin, á lo escrito, ó extralimitarse á lo que se pensaba escribir.

Es, pues, el caso (lector benévolo, que durante treinta años has oido y prestado atencion á la festiva charla del autor), que éste, indolente y caprichoso cultivador de las modestas flores de su fantasía, al sembrarlas al descuido acá y allá, en diversos tiempos y á largas distancias, nunca pensó ni concibió la idea de que agrupadas luégo en vistosos ramilletes, en obras de arte, pudieran ostentar tal vez en diestra combinacion sus variados matices;—ni se atrevió á pensar que cada una de sus hojas habia de llegar á formar las páginas de un libro;—ni abrigó, en fin, la esperanza de que, dispuestas así, llegarian á brindar á los ojos del público mayor simpatía que á los de su propio autor, el cual en sus descuidados y caprichosos juguetes *humorísticos*, como ahora se dice, no llevaba otra idea que solazarse con el placer que le producia el cultivo de su escaso ingenio.

Pero, en fin, su buena estrella lo dispuso de otro modo; quiso que aquellas incoloras florecillas parecieran más gratas aún á los ojos ajenos que á los propios; quiso que el jardinero indolente fuese formando el ramillete sin pretenderlo; quiso que el libro naciese sin preexistente intencion del escritor; y que éste, á la manera del personaje cómico de Molière, echase de ver con sorpresa «que hacía treinta años que estaba haciendo prosa sin saberlo.»

El Panorama y *Las Escenas matritenses* aparecieron, puede decirse, de este modo, en 1832 y 1842 ;—y el *Curioso Parlante* hubo de presentarse en las tablas, con grata sorpresa, á recibir los inesperados aplausos del público, y lo que es más, la investidura de su favorecido pintor.

Deseando, pues, corresponder lo más dignamente que le fuera posible á tan inusitada bondad, y terminada hace veinte años la segunda serie de *Las Escenas*, quiso dar otro giro á sus tareas, y aunque siempre con la indisciplina propia de su carácter, aspiró á generalizar más en una tercera obra la pintura satírico-moral de las costumbres y caractéres contemporáneos, no precisamente contraidos á la localidad de la capital, sino abarcando la generalidad de la sociedad moderna española.

Pero «el hombre propone y Dios dispone», que dice el refran.—Aquellas primeras obras de su ingenio nacieron espontáneamente y sin preexistente intencion; y ésta, concebida y calculada, no llegó á madurarse, á pesar de la ternura y del interes paternal, y hubo, como quien dice, de quedarse en embrion.

En vano pidió á la ciencia nuevos recursos para dar mayor importancia, forma diversa á sus estudios sociales; en vano buscó en su paleta co-

lores más ricos con que intencionarles y generalizarles más; la máquina no se prestaba fácilmente á abandonar su antiguo y favorito troquel; el pintor no alcanzaba nuevas combinaciones en su paleta; el rudo celebrante no sabía leer más que en su misal.—Sucedióle, pues, lo que á Ovidio, cuando, reprendido por su padre por su intemperancia poética, iba á contestarle

»*Juro, juro, pater, numquam componere versus.....*
«*Et quod tentabat dicere, versus erat*» (1).

El *Curioso Madrileño* pretendió ampliar más y más sus cuadros, y quitarles su carácter local y su forma de *caballete;* pero su modesto pincel se resistió á trazar más importante obra; su óptico instrumento no acertó á verse libre del propio modelo objetivo; y *Escenas matritenses* le brindaba su lente, y *Tipos y caractéres matritenses* le brotaba obstinadamente su pincel.

Por eso este libro, que en la intencion del autor debia ser otra cosa, viene á ser poco más ó ménos la misma, esto es, un *apéndice* ó continuacion de los anteriores; por eso esta obra, conce-

(1) Yo juro á vos, padre mio,
No hacer ya mas poesía.....
(Y en verso se lo decia).

bida bajo el plan de un edificio aislado é independiente, no es más que el remate ó coronacion del primitivo.

Hay tambien otra razon para que no haya alcanzado el autor la satisfaccion de cumplir su objeto con las condiciones que se propuso; y es que cuando escribia las *Escenas* se hallaba en el vigor de su edad lozana, en el candor de su entusiasmo juvenil; que el pintor entónces disponia de los abundantes colores de su vírgen paleta, y que la sociedad que servia de modelo á sus cuadros era mucho más sencilla y reposada tambien.

Ahora, por el contrario, al paso que el artista ha ido sintiendo enervadas con la edad sus fuerzas y su imaginacion, la sociedad del siglo se ha rejuvenecido y vigorizado, en términos de cambiar á cada paso y en cada dia de colorido, de fisonomía, de intencion. — En vano el pintor fatigado la persigue y estudia, espiando sus movimientos, sus actitudes, sus tendencias; — trabajo inútil; — la sociedad se le escapa de la vista; el modelo se le deshace entre las manos; imposible sorprenderle en un momento de reposo; y sólo echando mano de los progresos velocíferos de la época, del vapor, de la fotografía y de la chispa eléctrica, puede acaso alcanzar á seguir su senda rápida é indecisa; puede fijar sus volubles faccio-

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

nes en el lienzo; puede entablar con ella instantánea y mental comunicacion.

El asendereado pintor, al fin, se confiesa vencido; el desmayado observador siente ofuscados su vigor y su imaginacion; y en tal caso cumple á la conciencia del artista dejar caer el añejo y clásico pincel; cumple al escritor colgar con pena su mal tajada péñola; al satírico moralista arrumbar entre el polvo su risueño tirso y su festivo cascabel.

Mas, en descargo de su conciencia, y ya que ha reconocido y declarado francamente su incompetencia para realizar su pensamiento, dispensarásse á su amor propio de autor que se atreva á explicarle, ó señalar siquiera la parte del plan no realizado, el conjunto de su obra *non nata*, como el artista á quien sorprendió la muerte en la ejecucion de su cuadro capital deja señalada en el lienzo con breves líneas los contornos de las figuras, los grupos y episodios que formaban su argumento.

Acudiendo para ello á mi mesa de escribir, manoseado laberinto de borrones y archivo descompuesto de toda clase de materias; *vera efigies*, en fin, de lo que los ingeniosos calígrafos suelen representar en gallardos rasgos con el título de

Mesa revuelta (ménos los naipes, diplomas y memoriales); y descartando todo lo inútil al objeto, pretendí allegar sólo entre los opúsculos, impresos unos é inéditos otros, aquellos juguetes literarios, satírico-morales, que en el largo período transcurrido desde 1842, en que dí por terminadas *Las Escenas*, pudieran agruparse homogéneamente á ellas bajo un título comun, y formar un volúmen aparte, aunque de la misma índole, que más ó ménos propiamente revelase mi pensamiento indicado; y cuando no, pudiera por lo ménos servirlas de continuacion, y marcar en una *tercera serie* el asombroso movimiento y transformacion completa de la sociedad española en este período.

Resultado de este rebusco es el presente libro, verdadero traslado fotográfico de mi descompuesta *mesa de escribir*.—Conocidos separadamente ya del público en diversas obras y periódicos todos ó la mayor parte de los opúsculos que contiene, tal vez adquieran, con ser coleccionados hoy por primera vez, algun interes á los ojos del observador de nuestra marcha social.—Tal vez de la comparacion de su argumento con el de las épocas anteriores resulte el contraste que el autor se propuso presentar entre la antigua y moderna sociedad; tal vez en el desempeño literario se ad-

vierta tambien, si ménos espontaneidad é interes dramático, alguna más filosófica intencion.

Por desgracia, no puede revelar por completo, ni mucho ménos, el pensamiento que guiaba á mi pluma; el desaliento que por las razones ya dichas se apoderó de mi ánimo me hizo abandonar, apénas iniciada, la tarea; baste decir que entre los artículos ó cuadros que he tropezado para este *rebusco*, empezados unos, borrajeados otros, y no terminados los más, quedan en el polvo de mi cartera los que habian de llevar los títulos siguientes :

—*El aura popular*: — *Reputaciones de reflejo*: — *La rueda de cobre y la aguja de oro*: — *Un hombre de órden*: — *Mis amigos políticos*: — *Aprenda V. á vivir*: — *La medianía perseverante*: — *El independiente*: — *La filantropía y la caridad*: — *Haz daño y te harán lugar*: — *Madrid en* 1900: — *El no de los hombres*: — *Las hijas de viuda* (materia imponible): — *La pesadilla*: — *Las primeras canas*: — *La otra casa*: — *El paseante en córte*: — *El buen mozo*: — *Una prima*..... *á voluntad del comprador*: — *Las cosas de España*: — *Vocabulario del gran tono*: — *El comodin*: — *El obrador de sastre* (taller de reputaciones): — *El nos periodístico*: — *La casa ó la malicia*: — *Las segundas nupcias*: — *El genio*: — *Profesion de fe dramática*: — *Una mujer superior*: —

Memorias de un portero:—La sala y la cocina (economía sublime):—*¿Quién protege á quién?—Las víctimas:—En un tris.....—El editor responsable:—Las fuentes de la prosperidad:—Los buenos principios:—La opinion del país:—Cubrir el expediente:—Una notabilidad de campanario:—El escabel:—Remedios caseros:—Misterios de un abanico:—La tertulia y la soirée:—La comandita:—Madrid sin fachadas:—Los puntos suspensivos.....—De escalera abajo:—El marido á prueba:—Un hombre para todo:—La gramática parda:—El mal de nervios:—La almohadilla:—La catalépsis política:—Juego de compadres:—Crónicas del fogon:—Un hombre de más:—La pluto-cracia:—El título..... sin interes.*

De los títulos ó cuadros anteriores que quedan, como va dicho, en el tintero del autor, se ve claramente que, no la falta de materia, sino la de espíritu, pudo obligarle á dejar incompleta su obra;—pero de ellos tambien se infiere otra razon que le compelió á este espontáneo silencio;—y es que habiéndose de rozar ya directamente y dar la cara á una sociedad esencialmente política, no pudo jamas resolverse á ello, y prefirió *callar* á desnudar á su pluma de la tranquila, risueña é *impolítica* especialidad que supo tenazmente conservar.

El Curioso Parlante.

TIPOS Y CARACTÉRES.

POBRES VERGONZANTES.

Hay en Madrid ciertas profesiones ú oficios, que no por estar exentos de la contribucion industrial, ni obtener patente de invencion, ni cédula de usufructo, dejan de ser más ó ménos lucrativos, y de bastar con su producto al sustento, y hasta al regalo de los que en ellos se ejercitan. Su escala es infinita; el campo que benefician, inmenso; desde el tributo modesto que arrancan á la pública caridad, hasta los régios favores del poder y de la fortuna; desde la mezquina sobra de la mesa del pobre, hasta la brillante carroza y el espléndido festin del magnate; desde el umbral humilde del asilo de San Bernardino, hasta las mismas cámaras del palacio Real.

A esta industria colosal, aunque clasificada en diversas jerarquías y condiciones, se acogen y agrupan, segun su respectivo instinto, medios y ventura, aquella inmensa cohorte de individuos que, sin más facultades que las tres del alma, sin más oficio que el de vivir, sin más porvenir que el del presente dia, amanecen en todos ellos sin saber á punto fijo si comerán ó no, dónde y á qué hora; se preguntan si llegada la de acostarse tendrán para reclinar su cabeza alguna cosa más blanda que los soportales de la Plaza ó los bancos del paseo del Prado; y sin embargo, aquel dia pasa, y se encuentran con la agradable certi-

dumbre de que han almorzado, comido y cenado á costa ajena; que han lucido sus personas (muchas veces en coche) por calles y paseos; que han asistido á espectáculos, á bailes y tertulias; que han disfrutado, en fin, de los mismos placeres y regalos que los duques de Osuna ó de Medinaceli.

No todos, es verdad, pueden prometerse tan lisonjero resultado de sus trabajos; pero tampoco todos tienen tantas necesidades, tantas exigencias propias, más ó ménos voluntarias, que satisfacer; no todos disponen de un capital igual de ingenio y travesura que aplicar á aquel juego; pero todos ó casi todos, por escasos que sean sus medios de accion, consiguen imponer el censo de su existencia sobre la debilidad ó el orgullo ajeno; todos están seguros de alimentarse aquel dia, seguridad que no tiene muchas veces el laborioso jornalero ó el honrado menestral. La indigencia para ellos es un estado: los dones indiscretos de la vanidad y del orgullo hacen florecer su mendicidad.

Los más numerosos y modestos de estos vividores impertérritos se colocan francamente en la posicion de *pobres vergonzantes*, ó «mendigos encubiertos y pudibundos» (segun la definicion del *Diccionario de la Lengua*), escogiendo una actitud más ó ménos patética para implorar la caridad ajena.

Un militar retirado ó de reemplazo, cubierto de cicatrices más ó ménos honrosas, tuerto de una pierna y manco de un ojo, con un muestrario en el pecho de cintas más ó ménos verdes, azules ó encarnadas, se presenta, v. gr., muy de mañana en vuestro despacho con cierto continente marcial y cierto desembarazo de campaña, y os hace presente que á la hora que corre (son las ocho y media) áun no se ha desayunado ni fumado un cigarro; y vosotros,

que á la sazon os hallais, por ejemplo, en bata y chinelas, sentados en una cómoda butaca entre la chimenea y el velador, y sobre éste despachais, que supongo, el complicado expediente del chocolate ó del café, no teneis qué contestar á una interpelacion tan oportuna, no podeis resistir al espectáculo de tan acerbo infortunio, y acabais por alargar la cafetera y la petaca á aquel héroe no comprendido, á aquel Belisario de pié y medio.

O bien una encubierta dama, viuda de no sé qué intendente del Cuzco (en tiempos que habia Cuzco y se estilaban todavía intendentes), entra sin anunciarse, y os regala la historia de las conquistas de América desde Cristóbal Colon hasta Lola Montes, y los méritos y servicios del que Dios tenga en descanso, en la sorpresa de Buenos-Aires ó en el sitio de Panzacola; todo para deducir que la debeis dar un duro porque ponga un término á su histórica narracion y os deje en paz.

Ya es un patriota desdichado, víctima de la revolucion ó de la política, cuya manutencion pesa como un censo enfitéutico á cargo del partido á que dice que perteneceis, segun el boletin de suscricion que os presenta, cubierto de las firmas más respetables y eufónicas, y al que llamaríamos el *Album del infortunio*, si no estuviera tan sucio por los borrones ajenos y por las manos cigarrosas del poseedor.

Ya es un malparado cesante, rueda descompuesta ó averiada de la máquina administrativa, que os recuerda vuestras antiguas relaciones infantiles de la escuela, que os viene á encarecer vuestro mérito, vuestra fama, vuestra bondad de corazon, y que acaba por exigiros el debido tributo de tanta gloria, convidándose á comer en vuestra compañía, ó prestándose á admitir cualquier otro agasajo igualmente voluntario que le hagais.

Ya, en fin, nuevo anacoreta perseguido, teneis que ha-

cer frente á una funesta tentacion disfrazada bajo la forma de dos gentiles doncellas, hijas de viuda enferma é imposibilitada de acompañarlas, que vienen en alas de vuestra buena fama, y atraidas por el iman de vuestro tierno corazon, á desahogar con vosotros su angustiado pecho; á interponer su belleza, sus lágrimas y ternura en favor de la orfandad y de la miseria; á dejaros las señas de su triste retiro, las horas en que podais acudir á remediar su desconsuelo; las bases del arancel con que podeis obtener sus más tiernas simpatías. — Y vosotros (que supongo no estaréis á la altura de fortaleza de un Antonio ó un Jerónimo, y que no teneis á mano un guijarro con que atormentar el pecho para desviarle de aquella formidable embestida) tomais la tarjeta de la casa, os informais de las horas de recibo, y estudiais el arancel de su gratitud; y trocando los papeles, os dirigís *vergonzantes* á solicitar los favores de aquellas pobres recatadas.

No es sólo el sexo débil y hermoso el que pone sus gracias y mérito personal á esta industria lucrativa; tambien el hombre, sobre todo si es buen mozo, sabe sacar partido de los favores que le prodigó la naturaleza, en desquite de los que le negára la fortuna.—Esta posicion de hombre-alhaja, de galan vergonzante, de pasion de lujo, empieza en la equívoca categoría de el *chulito de á pié*, jóven travieso y agraciado de Lavapiés ó Maravillas, que acumulando ostensiblemente los oficios de vendedor de fósforos ó de fresa, de billetes de teatro ó de abanicos y sonajeros, no es nada de esto en realidad, sino el señor feudal de ciertas infames mansiones, el sultan secreto de ciertos públicos harenes, el baratero de cierto juego industrial, el tirano, en fin, seductor y traficante de ciertas infelices mujeres, que le sacrifican su belleza, su juventud y hasta el precio de su infamia, á cambio de un amor que las más veces se explica por medio del garrote y la navaja, á true-

que de una posesion que casi siempre acaba por conducirlas á la cama de un hospital.

Desde este primero y sucio escalon de la categoría de galanes vergonzantes hay infinitos que recorrer hasta lo más alto de la escala, pudiendo citarse entre otros el magnífico cazador ó hermoso lacayo, cuyas hercúleas formas y despejado continente llamaron la atencion de su aristocrática señora; el esbelto mancebo y elegante abonado del paseo, del teatro y de la sociedad, que sirve de prospecto vivo á los sastres y peluqueros, de muestrario ambulante á las fábricas y almacenes; el jóven simpático y arrogante, el apuesto jinete, el intrépido luchador, el desenfadado ingenio, el calavera, en fin, de buen tono que arrebata la atencion de las mujeres con sus gracias y gentileza, que causa la envidia de los hombres con sus triunfos, su boato y esplendor; y que, sin embargo, pasadas las horas de su representacion teatral, se ve reducido á la condicion de galan vergonzante, de humilde y forzado adorador de una ex-deidad del pasado siglo, que vierte sobre su protegido el tesoro de sus gracias y las gracias de su tesoro.

Los hay de estos dorados mendigos que no pueden, sin embargo, decidirse á encuadernarse en pergamino ni á vender completamente su posesion; pero su deseo de figurar en el gran mundo, de satisfacer las crecidas exigencias de su vanidad, les inclina á explotar una parte de sus talentos y aptitud, les impele irresistiblemente hácia las altas clases, hácia las elevadas personas, hácia los magníficos salones y opulentas cocinas.

Estos parásitos infatigables, perpétuos vividores, convidados de piedra á todo festin, asistentes gratuitos á todo espectáculo, comensales de toda sociedad, testigos de toda boda, padrinos de todo desafío-almuerzo, muebles de todo palco, y precisos operarios de todo tocador, tienen la dósis suficiente de ingenio para hacerse, no sólo tolera-

bles, sino hasta precisos en ciertas casas, y el cálculo suficiente para buscar sólo y cultivar la amistad de ciertas personas, para oler de una legua el olor de ciertas mesàs, para anunciar desde dos su mérito, su utilidad y su música celestial. — Los franceses apellidan á este tipo un *viveur*, un *pique asiette;* los españoles solemos designarle con los no ménos expresivos de *catacaldos y panzas al trote*, ú otros así; pero á nuestro objeto presente cumple calificarlos con el de *vergonzantes* de buen tono.

No léjos de esta categoría de existencias enigmáticas de *caballeros del milagro*, como se decia en los pasados tiempos, se puede colocar la de los adoradores del albur, desde los que le sacrifican al aire libre en los druídicos altares de las afueras de la puerta de Toledo ó de las alturas de Chamartin, hasta los que llevan la voz y el compas en los áureos salones y perfumados gabinetes. Este género de industria es epiceno ó comun á entrambos sexos, y comprende, ademas de los jugadores, diversos papeles y condiciones, desde el bravo temeron que cobra el barato en las briscas de la Vírgen del Puerto, hasta la reverenda matrona que franquea su habitacion para el sacrificio, y concluido éste á las altas horas de la noche, recoge el tributo que los fieles han depositado debajo del candelero.

A propósito de ésta, cuando era más jóven y podia contar con otro capital de gracias, tambien su fortuna estaba en el candelero, tambien su altar rebosaba de adoradores, tambien su boato eclipsaba el de las clases más elevadas. Y sin embargo, nadie la conocia fincas ni rentas de ninguna especie, nadie la sospechaba herencia alguna de su difunto esposo, que al decir de las gentes murió en la cama de un hospital. Nadie tenía, por otro lado, tacha alguna que oponer á su conducta; la numerosa sociedad que frecuentaba sus salones, era lo más escogido y brillante

de Madrid; no habia todavía en ellos discretos gabinetes cerrados con puertas de espejo, ni escaleras privadas, ni veladores con verde tapiz; allí sólo se trataba de pasar las horas apaciblemente en sabrosas pláticas, en amorosos suspiros, en ligeras danzas ó en conciertos espléndidos y armoniosos. La señora de la casa hacía los honores de ella con aquella amabilidad estereotípica de las gacetillas y revistas matritenses, y todas las semanas lograba la satisfaccion de ocupar una buena columna de aquéllas con la reseña de la última *inolvidable soirée* de la amable señora de***, amenizada con un catálogo razonado de toda la pléyade de bellezas de aquel cielo; catálogo, por otra parte, idéntico al de la noche anterior, que empezando en la hermosísima y gentil persona de la marquesita de A....., seguia por todas las letras del alfabeto hasta concluir con la fantástica belleza de la condesita de Z.

A toda esta música celestial de gacetilleros y cronistas de tocador, algun indigesto lector solia exclamar :—«Todo esto está muy bueno, pero ¿quién es esa brillante dama, y con qué medios cuenta para sostener todo ese lujo, y para reunir y obsequiar á tan alta sociedad?» —Nadie por entónces hubiera tenido la ocurrencia de calificarla de *pobre vergonzante*, y sin embargo lo era; pero tan sólo á ciertas horas del dia, y en presencia de un personaje que por su gracioso conducto tenía la bondad de dispensar los favores, los empleos, los honores y demas *gracias al sacar*, á aquellos otros vergonzantes pretendientes que preferian sacrificar una suma cualquiera á frecuentar antesalas años enteros, que hallaban más cómoda esta vía reservada del favor que el difícil camino real de su merecimiento y su ventura.

Otra posicion no ménos equívoca del *pobre vergonzante* es la que suele ofrecer el *hombre de paja*, el *ente de razon* de los grandes empresarios, de los grandes políticos, de

los grandes industriales, y hasta de los grandes escritores y publicistas: y al reves que á la dama arriba descrita, á quien no se la sospechaban los fundamentos de su fortuna, á éstos suelen concedérseles otros de que carecen en realidad; representan empresas colosales, capitales inmensos, trabajos magníficos; pero detras de todo aquel aparato de decoracion exterior, sólo se encuentra el vacío y la indigencia, la miseria de frac negro y anteado guante, la perspectiva de las injurias, de las persecuciones, de los procesos y de las cárceles, con que pagan en cabeza propia las especulaciones, los honores y la grandeza del feliz mortal que pudo comprar un testaferro.—A este rango corresponde el que prestó su nombre á la monstruosa contrata del capitalista con el Gobierno, y que sufre con paciencia las diarias invectivas de los periódicos; el gerente de una sociedad de industriales que, á trueque de un mezquino sueldo, autoriza con su firma los embolismos de aquéllos; el editor responsable de un periódico, que tiene que desagraviar á la ley por un artículo que la ley le dice que ha escrito, y que ni siquiera, sin embargo, sabe leer; el otro padre putativo que recibe á beneficio de inventario, con la blanca mano del ama de llaves, dos ó tres parvulillos nacidos en la casa, ahijados del señor, y que reclaman tambien ante la ley un responsable editor.

No sólo la miseria efectiva es la que constituye al hombre en el estado de pobre más ó ménos vergonzante, sino la exigencia propia, la ambicion, el lujo y la vanidad.—Uno de nuestros más célebres dramáticos antiguos dice muy acertadamente:

«Que no el tener cofres llenos
La riqueza en pié mantiene;
Que no es rico el que más tiene,
Sino el que há menester ménos»;

cuya exactísima observacion, contraida á nuestro propósito, podriamos volver por pasiva de este modo:

No es pobre el que poco tiene,
sino el que há menester más.

Con efecto, nadie puede fijar absolutamente los límites entre lo necesario y lo supérfluo; para unos caractéres todo lo que pasa del preciso sustento, del modesto vestido y del mezquino lecho, es lo segundo; para otros todo lo que falta del regio palacio, de la dorada carroza, del suntuoso festin, es lo primero.

Mendigos vergonzantes ó inconfesos son los que á vueltas de una patética relacion, y por precio de una lamentable historia, se contentaron con una sobra de vuestra mesa ó una prenda de vuestros vestidos.—Mendigos disfrazados los que poblaron los salones del magnate ó las antesalas del poder para obtener títulos y honores, de que tenian hambre y necesidad.—Pobre vergonzante el laureado poeta que dedicó las flores de su ingenio á Mecénas que le pagó la impresion.—Pobre menesterosa la jóven belleza que vendió sus gracias y sus favores á precio de una elevada prostitucion, de un rico palacio, de un brillante carruaje y de un abono de palco en el teatro Real. —Mísero vergonzante el hombre político que mendigó la candidatura para poder ofrecer un voto más al ministro de quien todo lo espera; como el fogoso orador que compró á precio de su seguridad, de su salud, de su existencia misma, esa aura popular, esa nube de gloria que mendiga todos los dias desde lo alto de la tribuna.

Pero, en fin, ésta ya es otra clase de mendicantes, y aquí sólo quisimos tratar de los calificados en el sentido recto de la palabra. Quizás otra ocasion, dando otro giro, vuelo más extendido al argumento, consideremos la cues-

tion en su alta esfera, nos las hayamos cara á cara con las sublimes aspiraciones vergonzantes; hoy nos contraemos á la modesta condicion del que se ingenia para vivir á costa ajena sin trabajo ni sacrificio de ninguna especie, aunque si va á decir verdad, no les creemos por ello indignos de compasion; ántes bien dirémos con Bartolomé Torres Naharro en su *Propaladia:*

«Trabajo no es menester,
Que si bien quereis sentir,
Harto trabaja el comer
Quien lo tiene que pedir.»

GUSTOS QUE MERECEN PALOS.

De gustos no hay nada escrito, dice el refran, y es una solemne mentira, autorizada, como tantas otras, por una convencion tácita del vulgo; pero por si fuese cierto, y no hubiese nada dicho sobre la materia, yo voy á escribir, yo voy á consignar mi opinion.—Y no hay que taparme la boca con aquel otro apotegma no ménos vulgar de que *Sobre gustos no hay disputa*, porque me atreveria á demostrar su falsedad evidente, como que todas las disputas son precisamente ocasionadas por diversidad de gustos, y digan lo que quieran los *Diccionarios* y *Panléxicos* más corrientes y autorizados, y la *Filosofía vulgar* de Malara, y los *Refranes* de Nuñez, y los *Sinónimos* de Huerta, y el *Tesoro* de Covarrubias, y las *Etimologías* de Cabrera, ésta es la verdad, y así me convencerán de lo contrario como por los cerros de Úbeda.—Punto y aparte.

Ibamos diciendo que la variedad de los gustos ó inclinaciones ocasiona las diferencias sustanciales entre los caractéres humanos, así bien como la disparidad de las facciones imprime diversos aspectos á la fisonomía. De esta infinita variedad física y moral de la especie humana procede en último resultado su equilibrio y perfecta armonía; porque no hay duda que si todos naciéramos inclinados á una misma cosa, y esta cosa fuese sólo una, entónces sí

que serian más sérias las disputas sobre su gusto y posesion; y si todos y todas fuéramos tambien idénticos en figura, bastaba á cada cual contentarse con la suya, y quedaba destruida por su base la afinidad, la atraccion, la fuerza centrípeta..... Pero nos vamos extraviando en la ideología..... *Retournons à nos moutons.*—Volvamos á nuestros borregos.

Aquí no se trata de disimular el gusto general (que es lo que sin duda quiso prohibir el refran), sobre lo cual desde Aristóteles, y muchísimo ántes, hasta Rabadan, y muchísimo despues, se han dicho y escrito muchas y buenas cosas; tampoco vamos á mirar la materia en su aplicacion á la cocina, pues nada podriamos añadir á la espiritual y sabrosa *Fisiología del gusto*, de Brillat Savarin; ni bajo su más sublime y dramático aspecto, del amor, lo cual no podriamos intentar sin ofender la memoria del vetusto Ovidio y del moderno Balzac, ni, en fin, pretendemos engolfarnos en el estudio y análisis de las pasiones, como Alibert ó el Padre Huarte; ni áun siquiera en calcular sus fundamentos físicos, con la *Craneoscopia* del doctor Gall ó la *Frenología* de Cubí en la mano.

Nada de eso : nuestra mision es más modesta, muchísimo más reducida : tomamos por hoy de los gustos humanos una módica racion, y salpimentándola como Dios nos dé á entender en nuestra cocina, intentarémos servirla calentita al respetable público que tiene la bondad de honrarnos con su confianza, —y pare V. de contar.

Quede, pues, sentado que la materia es vasta, inmensa, infinita; que sobre ella se ha dicho mucho y se ha disputado grandemente, y que á pesar de los adagios vulgares, todavía dará mucho que decir, muchísimo y recio que disputar; que hay gusto bueno, gustos naturales, heroicos, sublimes y adorables; mal gusto, y gustos ridículos, necios y extravagantes; gustos que reclaman admiracion y

respeto; gustos que requieren estudio; gustos que piden imitacion; gustos, en fin, *que merecen palos.*—De estos últimos, amados oyentes, tomamos argumento para dirigiros hoy nuestra palabra fraternal.

Nadie de vosotros negará el libre albedrío, por ejemplo, á mi vecino D. Pánfilo, que disponiendo de una buena renta y salud cumplida, de un humor alegre y una cierta edad (la más incierta de las edades, segun el poeta inglés), prodiga sus riquezas en espléndidos festines, en magníficas *soirées*, á que convida todo el moviliario manducante y saltarin de nuestros salones aristocráticos, sin duda por la satisfaccion que debe causarle el ver citada su casa en las gacetillas de los periódicos ó en los *Souvenirs* de las coquetas.—Pues este gusto que proporciona á sus amigos y aficionados, ademas de los goces consiguientes al disfrute de las fiestas del amable Anfitrion, el placer inefable de comentar su vanidad, mofarse de su petulancia y ridiculizar su magnificencia; si van VV. á oir á sus herederos, á sus acreedores y á sus vecinos, es una usurpacion que comete contra sus esperanzas y derechos, una perturbacion de su reposo, y atentado contra su tranquilidad. Segun los primeros, el gusto de nuestro D. Pánfilo es acreedor á encomios, flores y gacetillas; segun los últimos, *merece palos;* y es así que yo, como vecino, soy de los comprendidos en esta categoría, no hay que preguntarme á cuál de los pareceres me inclino.

A la señora Doña Dorotea Ventosa y Panza-al-trote, viuda de no sé qué título amortizado, la da por el contrario el gusto y la mueve en otro sentido la inclinacion.—No recibe en su casa, pero recibe y admite los agasajos que la hacen en las ajenas; no es caritativa en el sentido directo de la palabra, ni se desprende de una parte de sus

bienes en beneficio ajeno; pero es filantrópica á la moda: dirige juntas y comisiones de barrio; inventa rifas caseras, y expende voluntariamente por fuerza sus billetes y acciones entre todos sus amigos y allegados; no costea las funciones religiosas, las comidas de los pobres, ni la cura de los enfermos; pero pide á la puerta de la iglesia, y cobra, en pro de aquellos objetos sagrados, el portazgo de todo prójimo que pisa sus umbrales; no dispensa favores ni proteccion propia á ningun necesitado, pero recomienda á todo el mundo por medio de cartas á sus conocidos, y á los más remotos conocidos de sus amigos; asiste á las audiencias de los ministros cargada de esquelas y memoriales en nombre de quien quiera que le confie su pretension; visita á los jueces, y les habla en pro de cualquiera causa que oyó relatar; va á llevar informes oficiosos y apologéticos de los criados que buscan acomodo; memorias autógrafas de la condicion y circunstancias de los novios presuntos ó deseados; noticia de las enfermedades y posibles muertes á los herederos; de mudanzas probables á los que buscan habitacion; de almonedas y gangas á los que andan á caza de ellas; de remedios caseros é infalibles á todo el que padece cualquier achaque; de aniversarios, bodas y bautizos á los músicos festeros de la murga.— No puede negarse que esta activa matrona es, en cierto sentido, una utilidad social, y que su gusto é inclinacion aparente son dignos de elogio y gratitud; pues con todo eso, no faltan autores que los colocan entre los gustos que merecen..... otra cosa.

¿Y qué recetarémos al del otro ciudadano que, sin más estudios ni opinion propia sobre la ciencia política que los que le suministra cotidianamente el periódico á que está suscrito, se lanza en los mares borrascosos de la oposicion sistemática contra todo lo existente, de la controversia de todo lo posible, de la propaganda de todo lo hiperbólico ó

ideal?—En vano su familia, su casa y sus propios intereses reclaman su tiempo y su atencion; en vano suscita en contra suya las enemistades políticas, los sinsabores y las persecuciones; en vano sus amigos huyen de su incansable locuacidad y su frenético entusiasmo; en vano sus contrarios pretenden convencerle con las armas del raciocinio. Las tribunas de las cámaras, las redacciones de los periódicos, las mesas de los cafés, las sillas del Prado, los salones del Ateneo, del Casino y de las sociedades privadas; las tiendas de la calle de la Montera y los corrillos de la Puerta del Sol son los teatros cotidianos, eternos y obligados de sus discusiones y peroratas; los talleres donde produce sus noticias; las fábricas donde elabora y expende grátis sus opiniones.—Entre tanto sus enfermos (si es médico) se están muriendo á toda prisa, y reclamando á voces su asistencia y solicitud; sus litigantes (si es letrado) se presentan huérfanos de defensa ante la formidable acometida de la parte contraria; sus discípulos (si maestro) esperan en vano sus lecciones sobre el Fuero Juzgo, la obstetricia ó la pila galvánica; sus comensales (si fuese negociante), el éxito del recibo de sus géneros, del giro de sus letras ó de la colocacion de sus fondos; sus parroquianos (si almacenista), que abra la tienda para surtirse del azúcar ó el almidon.

Ahora díganme VV., señores lectores, si en conciencia este gusto de disputar impolíticamente de política es de aquellos de que dispensa el refran, ó de los que merecen más bien el epígrafe que cuelga á la cabeza de este artículo.

Pues quiero que no sea tan vago ó indeterminado el objeto de otro *quidam* en la agitacion febril de su existencia y medios de accion; quiero tambien que, ménos bilioso y acerbo, se incline tambien á mirar los negocios públicos

por el lado favorable; que su entusiasmo brote espontáneo á la vista de cualquier magnate, ó con la simple lectura de cualquier acto del poder; que nuevo Panglós, crea firmemente que todo sucede por el bien, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles; que la eterna sonrisa de sus labios, en fin, y la movilidad elástica de su espina dorsal, den á conocer á primera vista la ductilidad de sus opiniones, la moderacion de sus deseos y la actitud curvilínea del humilde pretendiente.

Mueble obligado de toda antesala, adorno exótico de toda escalera, y figura saliente de todo tapiz, nuestro tipo (á quien para ser original suponemos poseedor de una regular fortuna, de una independiente y dorada medianía) espia desde aquellos modestos recintos el semblante y las acciones de los Ministros y magnates, sonrie á su ceño ó soporta impávido las inequívocas muestras de su desden; su cabeza y su móvil fisonomía aprueban de antemano, ántes de haber sido emitidas, las palabras del poderoso; su mano alarga indistintamente á todas las opiniones su estereotípico memorial. —¡Y todo ello para obtener una condecoracion ó un uniforme con que realzar su persona, un título fantástico con que disfrazar su nombre, ó un sueldo mezquino con que trocar su independencia y tranquilidad!—Este gusto es un gusto como otro cualquiera (se nos dirá): —verdad es; pero en nuestra humilde opinion *merece palos*.

A otro le suele dar por ocupar su vida en la controversia forense, y repartir entre los ávidos curiales *que han hambre y sed de justicia*, su tiempo, sus bienes y su inmensa é incansable actividad.—Contra estos busca-ruidos no hay derecho seguro, no hay posesion tranquila, no hay independencia asegurada de su furor. Pleiteará con sus vecinos sobre gabelas y servidumbres caseras, con sus arrendatarios por sus condiciones, con su casero por sus

plazos, con sus amigos por sus opiniones, con sus criados por sus cuentas, con sus hijos por sus legítimas, y con su mujer por su carta dotal. Hallará comentarios que hacer sobre las palabras de todo contrato, evasivas contra toda obligacion, refugios contra todo compromiso, pretextos para toda querella, argumentos para toda demanda, y fruicion en todo intrincado laberinto curial.

A falta de familia y relaciones íntimas, y no teniendo á la mano sujetos sobre qué ejercitar su accion y demanda, los buscará y provocará por todas partes: en las reuniones, en los espectáculos, en las calles y paseos, reñirá con éste por haberle quitado la acera, con aquél por no haberse descubierto al saludarle, con el otro porque le miró fijamente, con el de más allá porque le volvió, sin mirarle, la espalda.—Si tambien llegasen á faltarle cuestiones ó motivos propios sobre qué reñir, se mezclará é identificará con los ajenos, apadrinará á uno de los contendientes, escribirá los carteles ó arreglará las condiciones del encuentro, y como el maton que pinta Rojas:

«Si el duelo en dos llega á oir
Que satisfecho no está,
Aunque esté acabado ya,
Los hace otra vez reñir.»

Hay quien, más apacible y armónico, limita sus gustos al placer de no hacer nada, ó á hacer visitas de cumplido (que para el caso es lo mismo); á instalarse todas las noches en un café, ó á pasar todos los dias en pié á la puerta de una tienda; á formar corro delante de cualquier músico ambulante ó perro saltarin; á dar á todo el mundo la razon y aplaudir todo lo que miran; á pescar con caña en el légamo del Canal, ó á cazar gorriones en las alturas de Chamartin.—Hay tambien quien toda su atencion convier-

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

te hácia el estudio de las modas, y para quien es un suceso el descubrimiento de un nuevo lazo en la corbata ó de un córte nuevo de pantalon. —Y quien consagra su inteligencia y entusiasmo juvenil á componer nuevos apóstrofes á la luna, y á escribir billetes apasionados á la mujer que no los comprende, ó composiciones fugitivas al público, que los huye á más no poder.—Para estas existencias bienaventuradas no hay anatema posible; contra estos gustos inofensivos no hay armas en nuestro arsenal; pero el lector juzgará si es afectada nuestra reticencia, ó si en realidad pudiera ser aplicable á ellos el consabido remedio.

De aficiones inocentes son tambien calificadas las de aquellas jóvenes doncellas melindrosas y traviesas que reparten su vida entre los cuidados de su tocador y los cariños del falderito habanero ó del gatito de Angola; entre la enseñanza del loro indiano, del pintado ruiseñor ó de la rústica codorniz, y el riego de sus macetas ó el telégrafo de balcon, y que se pasan las noches de claro en claro, entre un tomo de Zorrilla y una entrega de Eugenio Sué, y los dias de turbio en turbio, alarmando constantemente á la vecindad con los *rinforzandos* de su piano ó las *fermatas* de su garganta; que sostienen una activa correspondencia con medio café Suizo y medio Casino, y que saben de memoria el escalafon del ejército, y tienen abierta á cada oficial su hoja particular de servicio; que provocan contínuamente á músicos, pintores y poetas á pagarlas tributo en su *Album* correton; que son indispensable acompañamiento y precisas operarias en todo simulacro militar, en toda procesion religiosa, en todo paseo, asonada ó reunion popular; que, prospectos vivos de las modas parisienses y muestrarios ambulantes de fábricas y almacenes, ofrecen á sus aficionados (*amateurs*) sus agraciadas

personas, *ilustradas* con toda clase de dibujos y caprichos, pintadas con todo el primor del arte por sus manos mismas, y estampadas en el papel contínuo de su gracia coquetil.

Ediciones populares y económicas, áun más que las de las bibliotecas *á real la entrega*, pues que se ofrecen á nuestro estudio y á nuestras miradas *gratis et amore*, «con gracia y con amor», que traduciria libremente alguno.— ¿Quién ha de ser el cruel que decrete castigo, y castigo tan cruel, á tanta filantropía? ¿Quién el que enarbole el látigo de la sátira contra gustos tan humanitarios? Seguramente que á ellos sí que no pega lo de los palos; pero por si pega ó no, bueno será consignar aquí la duda.

Algo ménos indulgentes pudiera ser que nos mostrásemos con la vetusta matrona que, no sabiendo ó no teniendo á mano á quién darse (despues que el mundo y la carne la abandonaron, y hasta el diablo la volvió la espalda, asustado de su rugosa faz), está dada á perros y á gatos, y cuida amorosa y maternalmente hasta una docena de ellos, en cuyo sustento y educacion científica emplea las tres cuartas partes de su módica viudedad; ó la que, convirtiendo su persona en *anima vili* de experiencias médicas, busca alternativamente á sus soñadas dolencias remedios infalibles en los glóbulos homeopáticos ó en los pases magnéticos, en los baños de la hidropatía ó en el vomipurgante de Le-Roy; bello ideal de médicos y boticarios, y á quien de seguro no recetarán éstos el remedio que cuelga por cabeza de este artículo.—Tampoco la Hacienda nacional tendrá motivos de queja contra la otra, cuya nariz, bomba aspirante de rapé, contribuye largamente con esta *indirecta* al sostenimiento de la industria cubana;— ó de la que, infatigable cabalista de ambos y ternos, cambia cada quince dias sus doblones positivos por los fugaces

papelitos de la renta;—por último, nada dirémos de la que abandona la aguja y el dedal por la pluma y el tintero, y escribe coplas eléctricas, á mil oscilaciones por minuto, ó novelas vaporosas de la fuerza de cuarenta caballos; porque para éstas no sabemos si será bastante el remedio, á no ser propinado en el nuevo establecimiento de Leganés.

Llamarémos, en fin, la atencion del lector hácia los gustos y aficiones igualmente inocentes del honrado ciudadano, «buen padre, buen esposo y buen salchichero», que le da por mangonear en cofradías y hermandades, por disponer ó presidir entierros, por concertar ó repartir candidaturas para las elecciones, por intrigar, tal vez en nombre propio, para servir una carga concejil.—Consignarémos ex-profeso el gusto del otro individuo-ómnibus, que á trueque de que se lo llamen, sirve de *hombre bueno* en todos los juicios conciliatorios, ó por parecer actor hace de persona *que no habla* en todas las comedias caseras;—el del autor novel que acomete á todo viviente con la lectura de sus mamotretos;—el del aplaudidor gratuito de todo espectáculo, del convidado de piedra á todo festin, del poeta repentista de todo brindis, del cantor aficionado de todo desconcierto musical.—Respetarémos el gusto del pretendido numismático que trueca las monedas áureas isabelinas por roñosas medallas celtíberas, acuñadas en la fábrica de Segovia; el del aficionado que llena sus galerías de Rafaeles y Murillos *póstumos;* el del erudito que anda á caza de libros, impresos ántes de Guttemberg.—Muchos de estos bibliógrafos, cuadrófilos ó medallívoros no tienen otro objeto en sus colecciones que obedecer á su instinto de colectividad, ó cultivar la ciencia; en tal caso no hay para qué decirles una palabra, tanto más cuanto que en el pecado llevan la penitencia; pero los hay de ellos que con sus monedas y antiguallas pre-

tenden comprar la opinion de sabios profundos, de inteligencias fósiles y organizaciones antidiluvianas : hay tambien quien llena sus aristocráticos salones de aquellos magníficos mamarrachos, con el objeto ostensible de pasar por artistas y Mecénas espléndidos, y quien, diligente escudriñador de libros y mamotretos viejos, los reune y apila con el único objeto de sustraerlos á la circulacion, de monopolizar su disfrute, de estancar en sus manos su anhelada propiedad ; verdaderos Harpagones literarios, que ya nuestro Quevedo adivinó cuando dijo :

« No es erudito, que es sepulturero
Quien sólo entierra cuerpos cada dia :
Bien se puede llamar libropesia,
Sed insaciable de pulmon librero.»

A estos y otros gustos por el estilo pudiera aplicar su teoría el célebre y discreto autor de la *Apología de los palos.*

Por lo que á nosotros toca, y á pesar del título demasiado brusco con que hemos encabezado este artículo, ya se sobreentiende que no fué nuestra intencion aplicarle en su sentido estrictamente vegetal, ni diria bien con nuestra suave condicion y blanda correa, tan material y grosera demostracion.—Quisimos decir cuando hablamos de palos (y no se entienda por esto que vamos á entonar la palinodia) que hay refranes para todo ; y que si hay uno que dice : *Sobre gustos no hay disputa*, hay otro que responde: Sí, pero *Gustos hay que merecen.....* las gracias, por habernos dado materia para probar que se puede escribir sobre ellos.

INDUSTRIA DE LA CAPITAL.

Hay mentiras afortunadas, que echadas á volar al acaso y tal vez sin la menor intencion de hacerlas valer, arraigan, prenden y fructifican en la mente del vulgo, anulan y contradicen su razon, ofuscan sus sentidos y se apoderan, en fin, de la pública opinion en términos que no hay ya antorcha posible que la ilumine, ni hecho material que logre desengañarla de su querido error: tal es para el hombre la fuerza de la costumbre y la cómoda inclinacion á pensar lo que le dejaron pensado, á repetir lo que le repitieron, á mirar por los ojos ajenos y á juzgar por la ajena razon.

Una de estas vulgaridades añejas, una de estas absurdas paradojas que han hecho fortuna en la mente de nuestro vulgo (y cuenta que para nosotros hay mucho vulgo de guante pajizo y casaca bien cortada), es la que de tiempo inmemorial se viene repitiendo respecto á la nulidad ó insignificancia industrial de nuestro heroico Madrid; en términos que, al decir de las gentes, la capital de la monarquía española es una poblacion parásita é improductiva, tan estéril como un arenal, tan sin consecuencia en la riqueza pública como una discusion parlamentaria ó como una ley electoral.

Pero perdonen los que tal aseguran, que dicen un so-

lemne disparate y asientan una estupenda falsedad. Queremos, sin embargo, concederles que la poblacion matritense no sea muy fuerte, que digamos, en esto de la Mecánica y de la Física; ni entienda cosa mayor de tórculos y cilindros; ni alcance á manejar la lanzadera ni el crisol; ni sepa tampoco qué cosa sea fuerza motriz, materia primera, hornos de reverbero, bombas hidráulicas ni máquinas de presion, ni conozca, en fin, alguno de los términos de la tecnología fabril; pero en cambio no podrá negársenos que posee y domina otros medios industriales, otros agentes ó móviles poderosos, que por lo productivos y satisfactorios no les van en zaga á las ruedas, máquinas y demas agentes industriales. Nos explicarémos.

¿Qué cosa es industria?—A ver el Diccionario de la Lengua, que no puede engañarse ni engañarnos.—«La maña y destreza para hacer alguna cosa.»—Luego si probamos que Madrid es un pueblo donde se emplea y gasta mucha maña y mucha destreza para hacer muchas cosas, razon habrémos tenido para dar por sentado que la heroica villa es una poblacion eminentemente industrial.—Si por consecuencia dedujéramos que esta industria produce pingües fortunas y enormes rendimientos, quedará tambien asentada la importancia de Madrid en la balanza mercantil.—Veamos, pues, en qué consisten aquellas primeras materias de produccion, en qué se ejercita esta fuerza motriz, á qué especie de producto viene á reducirse esta industria indígena, esta riqueza comercial, que pone á nuestro pueblo al nivel de los más industriales de Europa.

La fabricacion más importante en la villa-capital, ya se considere como materia primera para aplicaciones sucesivas, ya como producto elaborado y de uso cómodo é inmediato, es la *fabricacion de reputaciones:* fabricacion tan ámplia, que no solamente sirve al surtido de la córte

y sitios reales, sino que extiende su comercio y abastece por lo general todos los mercados del reino. Esta poderosa industria, explotada en grande en Madrid, tiene por ricos veneros y por activos talleres la tribuna, la imprenta y la plaza pública.

Ademas cuenta como poderosos auxiliares con las tijeras del sastre, el capricho de la moda, el lujo y elegancia de la capital, auxiliares no tan indiferentes, que no hayan hecho producir á algun filósofo célebre en esta profunda máxima: —«Lo más difícil de adquirir en materia de reputacion es un vestido nuevo.»—Todos estos y otros medios poderosos, aplicados á la fabricacion de reputaciones, han recibido con las luces del siglo una extension prodigiosa, han multiplicado infinitamente sus elementos de accion y hecho aplicaciones de procedimientos absolutamente nuevos y desconocidos á nuestros cándidos mayores en tiempos ominosos, ignorantes y semibárbaros, en que no se habian inventado aún la prensa periódica y las arengas tribunicias; las publicaciones á *real la entrega* y las academias á *duro al mes;* las cerillas fosfóricas, ni el alumbrado del gas; ni otros muchos descubrimientos de este siglo creador, aplicados despues por la mecánica intelectual á la fábrica de reputaciones patrióticas, heroicas, científicas, literarias, en prosa y en verso, lumíneas, fosfóricas, eléctricas, vaporosas y pirotécnicas.

En aquellos tiempos menguados de que íbamos hablando, para hacerse un cristiano con su poco de reputacion de surtido, preciso le era sudar la gota tan gorda para averiguar primero los sitios en que se despachaba de tapadillo y con receta, por tal cual aficionado ó empírico vergonzante (la fabricacion todavía no estaba autorizada legalmente); el cual sitio solia ser la sucia celda de algun padre grave, ó el aseado cuarto de alguna vieja camarista; la sala de juntas de tal cual piadosa cofradía, ó la mo-

desta tertulia de algun ex-consejero de la ex-Hacienda real; y luégo que nuestro neófito en la córte hallaba entrada en aquellos benéficos laboratorios, en aquellos santuarios de la fama, si queria iniciarse en sus misterios, participar de sus dones y labrarse á gran costa su poquito de opinion, forzoso le era asentar su nombre y contribuir con sus servicios y con limosnas á las necesidades del convento ó de la cofradía, acompañar á sus devociones á la camarista pergaminosa, ó hacer la partida de tresillo al consejero secular; y ¡quién sabe si alguna hermana fiambre de aquélla, ó alguna sobrina trasnochada de éste, no le reservaba con su blanca ó negra mano, y por vía de arras matrimoniales, una reputacion completa, intacta y dispuesta á servir al portador!—Esto y más solia obtener la medianía perseverante, el continente modesto, el lenguaje melífluo y lisonjero y cierta flexibilidad elástica en la espina dorsal. Pero una vez llegado á adquirir nuestro hombre su correspondiente título de *mozo de provecho*, expedido por aquellas cancillerías, ya era apto para empuñar una vara ó para regentar una cátedra, para lucir un bastón de intendente ó los bordados de la covachuela.

Hoy, bendito Dios, es otra cosa; y la fabricacion de reputaciones se verifica públicamente, sin sujecion á estanco ni monopolios, á puerta abierta, á cielo raso, y sin adminículos de títulos y diplomas.—Las innumerables columnas de los periódicos, la tribuna del Parlamento, los salones políticos y aristocráticos, las asambleas científicas y literarias, las mesas de los cafés, el escenario de los teatros, las sillas del Prado, las tiendas de la calle de la Montera y los corrillos de la Puerta del Sol; todos estos y otros muchos sitios son otros tantos infatigables y públicos talleres de reputacion á precio y período fijo, por años, por meses, por dias y hasta por horas, fabricada á la mecánica ó al vapor, pregonada á grande orquesta ó con el

solo obligado de bombo, confeccionada de pacotilla ó de superior calidad; v. gr.:

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un mancebo despierto y lenguaraz, que despues de haber cursado bien ó mal sus diez años en cualquiera de nuestras mil y una universidades, y aprendido lo que en ellas se aprende, se encuentra á los veinticinco con que si ha de utilizar su talle y su despejo en pro de su fortuna, si ha de conquistar con ellos una ventajosa posicion social, tiene, si es jurista, que encerrarse en el estudio práctico de un letrado, que envolverse en el fárrago de los alegatos y en las cláusulas estrambóticas del foro; si médico, ha de asistir diariamente á las salas del Hospital, á los anfiteatros anatómicos, á la cabecera de un moribundo; si pretende juzgar á sus semejantes armado con la vara de la justicia, forzoso le será emprender la larga y dudosa carrera del pretendiente; si aspira á lucir sus conocimientos en la enseñanza, ó desea, en fin, abrazarse con la santa madre Iglesia, y ocupar un puesto en un Capítulo, tiene (segun el antiguo régimen) que hacer oposicion á la cátedra ó á la prebenda.

Todo esto es muy largo, difícil y de dudoso éxito para quien ha nacido bien entrado ya este siglo de las luces eléctricas, y para quien siente en su alma el gérmen de la elevacion y el instinto gubernamental. Pero reconociendo que no es bastante el que él lo sienta, sino que es preciso, absolutamente preciso, que así lo reconozcan los demas—¿qué hace nuestro mancebo?—Coge y se embaula en uno de los carruajes de las diligencias generales, y al cabo de algunas horas de tumbos y trasnoches, da fondo en plena calle de Alcalá de nuestra villa capital, y desde la mañana siguiente entabla al pié de fábrica el negocio de su reputacion.—Para ello empieza por visitar y atraerse la voluntad de sus paisanos y [illegible] en el labio superi

[illegible] del mancebo. y no bien el sacristan [illegible] declarado só- [illegible] lemnemente que el muchacho *prometia mucho*, como que [illegible] citaba á propósito el *Quousque tandem*, CA [illegible] TILINA..... á to- [illegible] das las Catalinas *palmo* [illegible] administrador del Duque, que se interesaban por la vi

profundas meditaciones sobre su porvenir; y adiestrado por las indicaciones de sus maestros, se revestia ya de aquella amanerada compostura, de aquel exterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegacion de los propios deseos, que, al decir de sus patronos, le eran necesarios para conquistar las voluntades ajenas, para obtener del poderoso el necesario favor.—« No hay hombre sin hombre »—repetíase á sí mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia á extenderse en cálculos sobre cuál sería el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próvida fortuna le habia de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponia su futuro ángel tutelar, lo rígido del servicio ajeno y lo crítico de la edad propia, influian alternativamente en la imaginacion del mancebo, y allá en lo más íntimo de su corazon, repitiendo fervientemente el axioma del « hombre con hombre », se ponia á pedir á Dios y los santos que aquel hombre fuese, si era posible..... una mujer.

Llegado á Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del Vicario al padre Guardian de San Francisco, ó al mayordomo de S. E. el regalito del administrador, con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario ó al pariente mercader, entregábase nuestro neófito á las primeras pruebas de su curso social, de este curso que el vulgo maligno se placia en designar con el título expresivo de *gramática parda;* que los rígidos censores apellidaban *falsa mónita*, y que daba en fin al que sabía aprovecharle el apreciado título de *mozo de provecho.*

Un *mozo de provecho* era por entónces un diligente mancebo, que hacía buena letra y ayudaba á misa todos los dias; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres ó cuatro cofradías, llevaba el estandarte en las procesiones, ó en los rosarios el farol; si servia al abogado ó al fiscal, limpiaba las ropas, ó ponia los alegatos y

respuestas, iba á comprar á la plaza y agenciaba aguinaldos por pascuas y ferias, y dulces en cualquier ocasion. Si era al mayordomo de S. E., extendia los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refaccion de las once y bajaba al portal á ver pesar el carbon; si era, en fin, ahijado del mercader, barria al amanecer la tienda, comia en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, ó enganchaba á las parroquianas con su charla y su despejo marcial.

Triste habia de correr la suerte del tal mocito para que á vuelta de algunos años de sublime abnegacion no acertase á meter la cabeza de *meritorio* en alguna oficina, por recomendacion del padre Guardian, ó á ascender á paje del consejero ú oficial de la escribanía de cámara, ó á entrar de escribiente en la contaduría de S. E., ó á aspirar á la mano de una hija del mercader.

A propósito de faldas; cuando el *hombre* de nuestro hombre era *mujer;* cuando su ingenio despejado ó su próspera fortuna le hacian interesar en ésta á la más bella mitad del género humano, entónces el avance en la carrera era por lo regular más rápido; entónces volaba por los espacios de la dicha, sostenido é impulsado por las alas del amor.—Verdad es que el tierno rapazuelo solia aparecérsele bajo la fementida estampa de una dueña quintañona, moza de retrete de Palacio ó viuda de un covachuelo; de una taimada doncella, protegida del viejo consejero; de una sobrina anónima del padre Guardian, ó de la más contrahecha y antipática de las hijas del mercader.—Pero... ¿quién dijo miedo? La ocasion la pintan calva, y no por eso deja de tener demasiados apasionados, y nuestro pretendiente de entónces rendia el más humilde tributo á la diosa de la ocasion.

Limitándonos, pues, al pretendiente propiamente di-

cho, que era el que seguia la carrera de los empleos públicos, lo regular era que, á vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin á calzarse una administracion de rentas ó una visita de propios con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba á enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara..... en las manos y enviarle de alcalde mayor á Móstoles ó á Griñon.—Pero esta variante del *pretendiente á varas* merece por sí solo un episodio que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos más característicos de la época en cuestion.

Figúrense, pues (si no lo han por enojo), un hombre grave, ventrudo y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entónces la capacidad y las togas no se concedian ántes sino á los que acertaban á casarse con la hija de un Camarista), que concluido su primer sexenio en un pueblo de las montañas de Leon, se hallaba en la necesidad de venir á la córte, en solicitud de la consulta de la Cámara de Castilla, necesaria para ser proveido en un juzgado superior.—Sorprendámosle en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalon de los Consejos ó las galerías bajas del Palacio, espiando el instante de que suene el coche del Presidente de Castilla ó del Ministro de Gracia y Justicia para colocarse al pié del estribo con papel en mano, cabeza al aire y encorvada espina dorsal.

Esta rápida transicion en un hombre que pocos momentos ántes ostentaba todo el aire de un *capitan á guerra*, y cuyo traje serio y de oficio, sus medias, calzon y casaca negros, su blanca corbata, su caña con puño de oro y su tricornio horizontal daban muestras visibles de hallarse pocos dias ántes colocado al frente de todo un

partido, encima de todo un pueblo, á la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre merced y señoría; esta súbita metamórfosis, repetimos, desde la autoridad á la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era, en efecto, una de las más graciosas y dignas de observacion.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecia, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compuncion del *ex;* calculaba sus movimientos; media sus palabras por las palabras y movimientos del presidente ó del ministro (porque conviene saber que entónces los ministros y los presidentes lo eran *de véras*, y su presencia hacia temblar las rodillas y balbucir la voz del más aguerrido pretendiente); sacaba del bolsillo un ciento de relaciones y testimonios de méritos; esforzábase á comentarlos con la palabra, y si por toda respuesta obtenia una benévola sonrisa ó un dudoso *veré-mos* del magistrado, deshacíase á cortesías que pudieran llamarse genuflexiones; quebraba el hilo de su discurso; paralizábanse sus miembros, y caian inadvertidamente de sus manos sombrero y baston.—Esta escena, repetida diariamente durante tres ó cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de la Cámara, una línea en la *Guía de Forasteros*, y una segunda vara con que hacer el Sancho Abarca en Ávila ó en Alcaraz (1).

Pero el proto-tipo de la época en cuestion, y la *vera efigies* del pretendiente veterano, era *D. Verecundo Cor-*

(1) «¿Qué es un Corregidor en sus tres años?
Es un Don Sancho el Bravo en el primero,
Es un Don Sancho Abarca en el segundo,
Y es un Don Sancho Panza en el tercero.»

Arroyal.

beta y Luenga-vista, cuya animada historia ocupó ya el clarin de la Fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavía recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como D. Verecundo acertó á reunir en su privilegiada persona la esbeltez é impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el término que desea no cuenta con más favor que su perseverancia, su ingenio y su físico á prueba de vientos y tempestad.—Nadie como él llegó á obligar á sus ojos á velar dia y noche, y á ver de léjos al ministro ó á su amigo, ó al amigo de su amigo, ó al pariente de su pariente; nadie como él acertó á adivinar los pensamientos del poderoso; á calcular sus próximos deseos; á leer en sus ojos las más remotas esperanzas; nadie, en fin, llegó á olfatear de más léjos las próximas elevaciones, las remotas caidas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, ó que canta adivinando la futura vuelta del aura primaveral.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, el blanco de sus tiros se extendia á todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de aforador; desde una demanda de monjas hasta un deanato de catedral.—Escribia 365 memoriales en cada año, y 366 los que eran bisiestos; pero tenía la precaucion de repartirlos entre los cinco ministros; y acontecíale á veces entablar simultáneamente dos solicitudes á una plaza de correo de gabinete ó una reposada canonjía, á una direccion de rentas ó á una comandancia militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocian y mostraban el semblante risueño; y sin embargo, ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano, era sólo

para darle un empujon. —Pero él, impávido, no por eso cejaba en su propósito; ántes bien, reproduciéndose fabulosamente, siempre se le veia de jefe de fila de toda audiencia, de estatua marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda antesala, y áun llevó su audacia hasta el extremo de introducirse un dia furtivamente en el coche del ministro y esperarle allí á pié firme, y en la mano el memorial. —Verdad es que aquel dia precisamente era el dia 29 de Setiembre de 1833, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

1833 á 1843.

Un pretendiente como los que quedan delineados sería un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social. —Ahora los hombres y los empleos públicos no se reciben; se toman por asalto á la punta de la espada ó á la boca de un fusil; y para hablar con más propiedad, con los tiros de la elocuencia ó los cañones de la pluma, á la luz del dia y entre los agitados gritos de la plaza pública, ó en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiracion. —¡Papel sellado, cortesías y genuflexiones, audiencias y cartas recomendatorias!..... Papeles mojados, viejos de figuron, resortes mohosos y gastados, habiendo imprentas y tinteros, y espadas y tribunas, y juramentos y apostasías, y oratoria de levadura y masas dispuestas á fermentar.

Ademas, ¿á quién pudiera satisfacer, como antiguamente, un miserable empleillo de *escala*, en que era preciso constituirse en eterno fiscal de la salud de quince ó veinte delanteros, espiar la llegada de una benéfica pulmonía para el uno, la de una tísis para el otro, ó calcular, en fin, sobre la futura boda con una hija recien nacida del jefe? Y todo ¿para qué? para llegar al cabo de muchos años á

colocarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse á la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida algunos reales más.

Ahora, bendito Dios, es distinto, y puede principiarse por donde acababan nuestros retrógrados abuelos.—Ejemplo.

Aparece en una de nuestras mil y tantas universidades un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta fuerte *ad hominem* y *ad mulierem;* que niega la autoridad del libro, del maestro, de la ley; que habla á todas horas y sobre todas materias, sin la más mínima aprension; que escribe en mala prosa y peores versos discursos políticos, letrillas fúnebres, sátiras amargas y protestas enérgicas contra la sociedad.—No hay remedio. La estrella de este niño es ser un hombre grande; su mision sobre la tierra, ser ministro; los medios para llevarlo á cabo, su pico, su pluma y su carácter audaz.

Pertrechado con tan buenos atavíos, descuélgase en la córte, que para él no es más que un teatro donde hace su primera salida.—Pónese á contemplar los hombres á quienes se digna conferir mentalmente los demas papeles; mira colocarse á su frente á los curiosos espectadores; tira él mismo la cortina, suena el silbato, y comienza á representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redaccion de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el tráfago de papeles y personajes, se deja ver nuestro mozo colocado, primero en los puestos inferiores, y armado de *una tijera* (inteligencia mecánica del redactor subalterno de *noticias várias*), ó envuelto humildemente entre las flores del *folletin.*—De allí á unos dias, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita ó una espontánea inspiracion, salta los últimos términos del

periódico; abrázase á sus columnas; trepa por ellas; tiende el paño y comienza á lanzar desde aquella altura los dardos acerados que afilaba para esta ocasion.—Sus colaboradores se admiran y extasian de aquel *exabrupto;* el público aplaude la demasía; los funcionarios atacados, que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, más tarde quieren atraérsele con una mezquina gracia; pero él, léjos de humillárseles y atender á sus bondades, les persigue, les acosa incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreido, con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador.—Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces conviccion : todos aquellos insultos no son odio ni enemistad : todas aquellas apóstrofes no son dañada intencion.—Pues ¿qué son entónces?.....—¿No lo han adivinado los lectores?.....—Súplicas impresas; rebozado memorial.

A los pocos dias de los más furibundos ataques, el enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va haciéndose más dúctil y suspicaz; calla luégo de repente, y en la semana próxima viene encabezado el *Boletin Oficial* de una provincia con esta alocucion :

«Habitantes de.....

»*El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirme el mando de esta provincia, etc.*»

Y firmado por el mismo *pretendiente publicista* en cuestion.—Pero alto ahí, pluma parlera; no hay que salirse